



# REVANCHA

MARIANO MANZANEL

MARIANO MANZANEL

# Revancha

 Planeta

# PRIMERA PARTE

# 1

Sentado junto a la mesa de la cocina, el Polaco se esforzaba por recordar la voz de su madre. Una palabra, el tono, cualquier sonido que la trajera de regreso a ese lugar. Le resultaba imposible, y esa dificultad dio paso a una punzada en el pecho.

El clima no ayudaba: a través de la ventana podía ver que era una mañana gris. Agarró la campera y caminó por el pasillo. Las paredes conservaban las manchas borrosas de los pelotazos de la infancia. En su cabeza retumbaron los rumores del pasado: el rebote de la pelota sobre el piso del pasillo, el golpe de los botines sobre el cemento del túnel. Pero ningún sonido relacionado con su madre.

Apoyó una mano sobre el picaporte, pero se detuvo un instante antes de abrir la puerta. Del otro lado, lo aguardaba un universo desconocido. «¿Cuál será el nuevo sonido del mundo?», se preguntó. Dio vuelta la llave y salió.

Patón lo esperaba en la vereda, apoyado contra el auto. Llevaba solo un bolso negro colgado sobre el hombro. Se saludaron y subieron al auto.

Anduvieron durante varias cuerdas sin hablar, pero al notar que el Polaco tomaba el puente en lugar de la avenida Rosales, Patón preguntó:

—¿No es para el otro lado?

—Sí, ya sé, pero primero me tenés que acompañar a un lugar.

Unos metros antes de llegar al cementerio, al Polaco no se le movía un músculo. Detuvo el auto en el puesto de flores y, sin necesidad de pedírselo, Patón bajó la ventanilla. Un hombre alto y canoso que caminaba arrastrando un pie se acercó al auto. Los saludó con amabilidad y preguntó qué necesitaban. El Polaco pidió una docena de calas. El vendedor, rengueando, se dio vuelta y caminó unos pocos pasos para agarrar un ramo, y regresó junto a la ventanilla. Patón pagó.

—Está bien, es para usted —dijo cuando el vendedor quiso darle el vuelto. Y al ver que le agradecía con una mano levantada, agregó en voz baja—: Pobre tipo.

Entraron con el auto al cementerio. El Polaco miraba por la ventanilla: el pasto crecido, los mármoles resquebrajados, algunas tumbas completamente descuidadas. Los muertos dormían en medio del abandono. Entre las lápidas, un perro buscaba comida dentro de los tachos de basura repletos de flores viejas. Manejó unos cien metros y estacionó en el Bloque C. Apagó el motor y bajó del auto.

—Te espero acá —dijo Patón, que sabía muy bien cuándo su amigo necesitaba estar solo.

Antes de subir por las escaleras, el Polaco miró hacia arriba: el cielo seguía cerrado, cargado de nubes. El viento

frío arrastraba las hojas por el suelo y traía el olor de la lluvia futura.

¿Cuánto tiempo llevaba sin visitar a su madre? Varios meses, pero recordaba por dónde debía caminar para llegar hasta el nicho. Esa vez tampoco se perdió. Ahí estaba. Leyó el nombre grabado en el centro de la plaqueta: «Silvia Ramírez». Mientras lo releía una y otra vez, contenía el llanto con los dientes apretados. A medida que lo repetía, el nombre se le volvía más ajeno. ¿Quién puede acostumbrarse a leer el nombre de su madre escrito en una tumba?

Apoyó la mano sobre el bronce y cerró los ojos. Al abrirlos vio las flores secas dentro de los floreros. Los sacó y enfiló hacia la canilla más cercana para vaciarlos y enjuagarlos. Regresó y se agachó para abrir el papel que envolvía las calas. Las acomodó con una prolijidad desconocida y, ahora sí, lloró en silencio. Cerca de él, escuchó la tos de una mujer y, como si se tratase de un reflejo, dejó de llorar. La mujer lo miraba con un gesto de compasión. Por timidez o vergüenza, el Polaco le dio la espalda y, cuando oyó que los pasos se alejaban, con un susurro, dijo:

—Mamá, dentro de dos días es tu cumpleaños y no voy a poder venir. Por eso vine hoy...

Se inclinó estirando el cuello y besó la fría plaqueta de bronce.

—Te amo —dijo, y después se alejó por el pasillo.

Mientras avanzaba entre los nichos de muertos desconocidos, recordó que un tío suyo estaba enterrado cerca de su madre, pero no sabía dónde. Llevado por un impulso, se acercó para ver mejor la foto de un muchacho con el pelo engominado, joven y sonriente. El muchacho rebosaba vitalidad en esa foto, pero estaba muerto. Un

miedo repentino lo paralizó. Sintió un escalofrío. Se tocó un brazo y después se llevó una mano al corazón. Apenas percibió los latidos quemándole el pecho, se dio vuelta, caminó cada vez más rápido y bajó corriendo las escaleras. El ruido de sus pasos se confundía con el sonido alto de una canción.

Por fin salió a la calle y vio que Patón fumaba y tosía al mismo tiempo, sentado en el asiento del conductor.

—Perdón, me zarpé con la música —dijo Patón y bajó un poco el volumen.

El Polaco subió al auto y directamente apagó la radio. Después dijo:

—¿Qué hacés fumando? Apagá el pucho.

—Estoy practicando para Bariloche...

El Polaco le sacó el cigarrillo de la mano y le dio una pitada.

—Lo chupaste todo... ¡Qué asco! —dijo arrugando la cara.

Tiró el cigarrillo por la ventanilla y arrancó el auto. Aceleró despacio. Antes de salir del cementerio, Patón dijo:

—Y... ¿le pediste permiso a tu vieja para ir a Bariloche?

—Sí, pero no me respondió.

«San Agustín. Egresados 5° C.» La bandera ocupaba todo el lateral del micro. Apoyado contra una pared, el Polaco observaba todo como si, más que un coordinador de una empresa de turismo, fuera aquel futbolista disfrazado de estudiante que alguna vez estuvo a punto de viajar a Bariloche. Consultó la hora en su reloj, y al fin se acercó al grupo de chicos con un listado en la mano.

Los últimos en subir fueron los acompañantes: Ariel Díaz, el profesor de Educación Física, y Marisa Contreras, la profesora de Literatura, que además de la cartera con cosas personales llevaba una mochila llena de libros. Marisa era una mujer unos años mayor que el Polaco. Una morocha de ojos verdes, dueña de un cuerpo envidiable.

Cuando Alejandro, uno de los choferes, puso en marcha el motor, los padres se agolparon frente a las ventanillas para recomendarles a sus hijos que se cuidaran. Pero los chicos gritaban y cantaban sin prestarles atención. El reiterado sonido de la bocina fue la señal de que estaban a punto de salir, y minutos después el micro se perdió en la avenida.

A poco de comenzar el viaje, el Polaco se sentó en el escalón y aceptó el mate que le daba Daniel, el otro chofer. Recordó la cantidad de sugerencias y secretos que le habían dado Wally, Emiliano y Pablo para que su primer viaje como coordinador de egresados fuera un éxito o, al menos, evitara un desastre. Fueron ellos tres quienes le habían conseguido ese trabajo. El año anterior Wally lo había llevado como coordinador júnior, pero el Polaco nunca había pensado en la posibilidad concreta de tomarse en serio ese trabajo. Disfrutó aquel viaje y los tres que le siguieron como un pasajero más. El coordinador júnior estaba a medio camino entre ser un turista y un trabajador. Pero este viaje era distinto: el Polaco era el único responsable.

Daniel le sacudió el pantalón con una mano reclamándole el mate, y él pensó que había sido muy breve ese paréntesis, que ya era hora de comenzar con la presentación. Cuando llegó el turno de Patón, estuvo a punto de etiquetarlo como coordinador júnior, pero lo miró y se dio cuenta de que era desprestigiarlo. Por eso, Patón dio un largo suspiro cuando su amigo lo nombró en voz alta como coordinador.

También presentó a los choferes y se dispuso a dar el sermón que había aprendido escuchando a Wally, para que los chicos supieran cómo debían comportarse durante el viaje. Les recordó el buen uso del baño para una sana convivencia e hizo hincapié en el cuidado del micro, advirtiéndoles que cada cosa que apareciera rota se les descontaría del depósito. Les sugirió descartar el alcohol en cada parada; en especial, en la última, donde podrían llegar a subir los perros de Gendarmería para investigar en las bodegas.

—Es muy simple —dijo sin dudar—. Si suben y encuentran alcohol o falopa, no nos dejan entrar en Bariloche. Nos denuncian en la Secretaría de Turismo y chau viaje.

Los gritos se fueron atenuando hasta convertirse en un débil murmullo. Algunos pibes lo insultaron por lo bajo, pero la mayoría lo escuchó atentamente.

El Polaco se inclinó para devolverle el micrófono a Daniel y se sentó en la primera fila. Encendió un cigarrillo y le recordó que a las cuatro de la tarde jugaba Argentina contra Inglaterra, así que, si no llegaban a Chivilcoy, tendrían que parar en cualquier otro lado.

—Sí, igual sin el Diego la veo complicada... —dijo Daniel.

Por varias horas, los pensamientos del Polaco fueron del partido a su debut como coordinador. En uno de esos viajes como acompañante, mientras caminaba por el pasillo del micro, Wally le había dado un consejo, apostando que él terminaría trabajando en la empresa: «Si querés lograr el control del grupo, tenés que conocerlo bien y rápido». Durante las reuniones previas, el Polaco se había aprendido de memoria los nombres de los chicos. Llegado el mediodía, ya había armado el escenario en su mente: Marisa y Ariel, los profesores acompañantes, conversaban entre mates y papeles. Patón parecía atontado por la belleza de Agustina, la más linda del grupo. La Colorada los miraba con envidia. Gastón, el más callado, jugaba a las cartas con una chica a la que el Polaco ni siquiera le había escuchado la voz. Más atrás, rodeado de compañeros, un pibe tocaba la guitarra. A medida que fue acercándose al fondo, el sonido de la música y los gritos fue creciendo. Ramiro y Sergio se pasaban una botella de vodka de mano

en mano y tomaban del pico. Se reían y no podían articular una palabra. El Polaco movió la cabeza varias veces, giró y encaró hacia su lugar. No había llegado a la mitad del micro cuando escuchó la voz de una chica:

—¡No, nene, sos un asco!

Ramiro estaba inclinado hacia adelante y sacudía la cabeza por los espasmos que le generaban las arcadas. Sergio le sostenía el cuello mientras seguía vomitando. El piso estaba cubierto por un gran charco y el respaldo de la butaca goteaba. Poco a poco, Ramiro fue recuperándose, pero tuvo que hacer un esfuerzo considerable para levantar la cabeza: tenía los ojos rojos y la frente transpirada.

—No pueden ser tan pelotudos, loco... —dijo el Polaco mirando fijamente a Sergio—. No fuiste capaz de acompañarlo al baño, mirá el quilombo que hicieron...

—Yo no vomité.

El Polaco prefirió no responder, suspiró y volvió a su asiento sabiendo que viajarían con ese olor de fondo hasta la primera parada establecida en el recorrido. Cuando estaba por sentarse, escuchó la voz de Gastón.

—¿Falta mucho para la primera parada?

El Polaco se inclinó. Miró por la ventanilla y, mintiendo, respondió:

—Una hora más o menos.

—Me aburre el micro...

—A mí también.

Gastón miró a la Colorada con un gesto de extrañeza y siguieron jugando a las cartas.

El Polaco se sentó con fastidio y le dijo a Patón:

—Si el micro de Emi y Pablo salió a horario, los vamos a encontrar en la YPF.

Patón no contestó. Tenía la mirada perdida y se tocaba la barba. El Polaco frunció el ceño y lo observó un instante.

—¿Me escuchaste? ¿Qué te pasa? —le preguntó.

—¿A mí me hablás? Nada... ¿por? ¿Y a vos?

Se había tragado la calentura de decirle cualquier cosa a Ramiro, se había armado de paciencia para no contestarle mal a Gastón, pero con Patón no necesitaba guardar las formas.

—Pendejos de mierda. El cancherito de Ramiro vomitó todo. No sabés el desastre que hizo, lo llega a ver Daniel y lo manda a Buenos Aires caminando. Espero que Emi y Pablo hayan salido a horario, así vemos el partido con ellos.

Patón lo miró en silencio, y después dijo:

—Estoy enamorado, Pola.

El micro se detuvo en una YPF. Afuera la quietud silenciosa del lugar, a mitad de camino entre la siesta y la nada, contrastaba con la algarabía que se escuchó cuando las puertas del micro se abrieron. Los pibes esperaron con Patón junto a una pared para guarecerse del viento. El Polaco entró en el restaurante y advirtió que no estaba preparado para recibir a un contingente de estudiantes, mucho menos a dos. Recorrió el pequeño salón con la mirada y se acercó a un mostrador.

Una cortina se abrió y desde la cocina apareció un señor con boina y bigote finito. Junto a una mesa, había dos hombres mayores mirando cómo la selección cantaba el himno. Los rayos de sol que entraban por la única ventana del restaurante acentuaban cada arruga y rebotaban en la botella de vino, casi vacía, que estaba junto a los vasos y al sifón, casi lleno. El Polaco evitó anunciar que detrás de ellos venía otro grupo, no fuera que Bigote Finito se sintiera sobrepasado y los echara a todos a la calle. Así que le propuso pagarle un sándwich de jamón y queso y una gaseosa por persona si dejaba entrar a su grupo. Una vez

adentro, ellos mismos se encargarían de dejar pasar al grupo de Emiliano y Pablo.

—Un sándwich y una gaseosa... y somos muchos. Es buena plata —insistió el Polaco.

Bigote Finito arrugó la frente, como si quisiera negociar algo más para no sentirse amedrentado en su propio lugar. Apoyó los codos en la ancha mesada y entrelazó los dedos. Se aclaró la garganta y, satisfecho, dijo:

—Y un peso por cada uno que use el baño.

Poco después, el grupo entró y tomó el lugar por asalto. Los viejos, impávidos, miraban a los pibes ubicarse como podían: algunos junto a las mesas, pero la mayoría sentados en el piso, justo delante de la televisión de catorce pulgadas.

Al rato, Bigote Finito pasó entre los pibes con una fuente llena de sándwiches, sorteando las piernas y el hedor a vodka. Tras repartir algunos, optó por dejar la bandeja en una mesa y se resguardó tras el mostrador refunfuñando. Patón se levantó del piso, agarró la bandeja y repartió los sándwiches que quedaban.

El Polaco miró por la ventana: la ruta vacía, el micro estacionado. Cuando empezó el partido, el silencio del pueblo se extendió hasta el restaurante. El Polaco se alegró: le gustaba mirar los partidos con su padre o con sus amigos, pero siempre en silencio. Todos miraban hacia donde estaba la televisión, menos Ramiro, que dormía apoyado sobre los antebrazos, derrumbado en una mesa. La primera borrachera. El primer vómito que Patón o el Polaco deberían limpiar. La paz se disipó cuando el árbitro le mostró la tarjeta roja a David Beckham.

—¡Ahora, vamos, ahora! —dijo el Polaco y se frotó las manos en los muslos del pantalón.

Algunos se pararon alocados al grito de «¡Argentina!». Uno de los viejos, oculto por la marea de pibes y motivado por la expulsión del inglés, le hizo una seña a Bigote Finito con el cigarrillo colgándole de los labios. A los pocos segundos, ya le habían cambiado la botella vacía de vino por una llena.

De pronto, las puertas del lugar se abrieron y otra horda de pibes entró a los gritos. Se sentaron como pudieron. Detrás de ellos, el Polaco vio a sus amigos: los cuerpos de Emiliano y Pablo se recortaban en la claridad que entraba por la puerta abierta y obligaba a los viejos a hacer la visera con la mano.

El Polaco miró a Bigote Finito, que estaba al borde de un ataque de nervios ante la estampida de tantos clientes. El gesto de preocupación era elocuente: nunca había recibido semejante cantidad de gente, y mucho menos estudiantes hambrientos, desenfrenados y excitados por la edad, el viaje y el partido de Argentina. El Polaco sonreía al verlo negar con la cabeza. No cabía un alma y su cocina había colapsado.

El nerviosismo, acompañado de un nuevo silencio, se impuso en el lugar cuando el árbitro hizo sonar el silbato y decretó el final del tiempo suplementario. Empate. Penales. Sufrimiento. El Polaco se acomodó entre los viejos para ver mejor. Uno lo miró de reojo.

—Tranquilo —dijo el Polaco—. Lo ganamos por penales.

Cuando arrancó la serie, el ambiente se envió con cábalas y plegarias. Ariel, el profe de gimnasia, apretaba y soltaba puños al aire. Agustina y la Colorada, enfundadas

en la bandera del colegio, hacían cuernos con las manos hacia la televisión cada vez que un inglés acomodaba la pelota en el punto penal. Ramiro, ya recuperado, se encomendó a Dios con las manos entrelazadas. Gastón miraba todo con aburrimiento. El resto hacía promesas que jamás cumpliría.

Cuando Carlos Roa atajó el penal, todos se levantaron de las sillas y del piso como si estuviesen coordinados por un director de orquesta. El Polaco se secó varias veces las manos en el pantalón. De a ratos, los viejos sostenían su mirada acuosa sobre la figura de Agustina, que estaba parada sobre una silla.

Silencio. Hasta que Roberto Ayala convirtió y puso a la Argentina arriba. El relator, que a esa altura carraspeaba, avisó: «Señoras y señores, si erra el inglés, Argentina pasa a cuartos de final de la copa del mundo».

Silencio. El inglés pateó y todo pasó como en cámara lenta. Roa se estiró y se estiró y se estiró hacia su derecha, y atrapó la pelota.

—¡Vamos, Lechuga! ¡La puta madre! ¡Vamos, Lechu, carajo! —gritó el Polaco, abrazado a los viejos.

Los viejos también se dejaron llevar por la emoción.

—Tenías razón, nene, tenías razón... —dijo uno de ellos y le dio unas palmaditas en la mejilla.

El Polaco sonrió y volvió abrazarlos. Ellos también sonrieron y aplaudieron, mientras los chicos golpeaban con furia las mesas y gritaban: «¡Ar-gen-ti-na! ¡Ar-gen-ti-na!». Bigote Finito sufría pensando que podían destruirle los muebles.

El Polaco se acercó y se detuvo delante de la pantalla. La imagen de la televisión mostraba en primer plano a la

figura del partido: Carlos Roa. Emocionado, hablaba con un periodista y le dedicaba el triunfo a su familia y a todos los argentinos. Inmóvil, el Polaco tragó saliva. Como estaba de espaldas, nadie pudo darse cuenta de que en su rostro la felicidad desaparecía detrás de un gesto de angustia. Patón se acercó y, sin hablar, le puso una mano en el hombro. El Polaco giró. Patón señaló a Gastón, que lo miraba expectante.

—Pola, este no me cree que fuiste compañero de Roa hasta hace poco tiempo... Contale, contale.

—¿Es cierto? —se animó Gastón.

—Sí —respondió el Polaco, absorto.

—¿Viste que no te mentí? —dijo Patón, agrandado como si el compañero de Roa hubiese sido él mismo.

—¡Qué capo! ¿Entonces qué hacés acá con nosotros?

El Polaco no pudo responder. ¿Qué iba a decirle? Los dejó a los dos ahí parados, mientras él empezaba a arrear a los pibes y sus frustraciones.